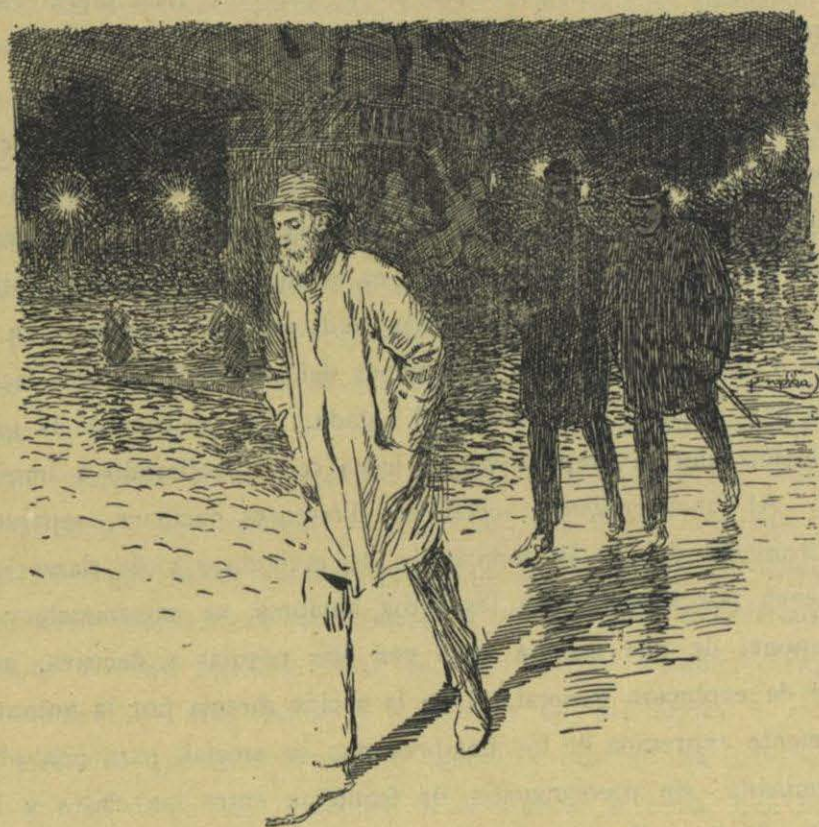


industria, comercio, estudio, enseñanza y descubrimientos, los esclavizados llegan gradualmente á libertarse, á conquistar la posesión completa de esa iniciativa individual sin la cual ningún progreso se realizó jamás.



EL CULTIVO Y LA PROPIEDAD

El poder de los reyes y de los emperadores es limitado, el de la riqueza no tiene límites.

CAPÍTULO VIII

HABER DE LA HUMANIDAD EN FAUNA Y EN FLORA.
 DOMESTICACIÓN. — PARQUES NACIONALES Y RESERVAS. — ESPECIES HUMANIZADAS. — PROPIEDAD COMÚN. — REPARTOS PERIÓDICOS.
 PROPIEDAD PRIVADA. — GRANDE Y PEQUEÑA PROPIEDAD.
 TIERRA DADA EN FEUDO Ó REGALADA. — ALQUILER Y ARRENDAMIENTO.
 MEJORAS AGRÍCOLAS. — EL SUELO Y LA HACIENDA.
 CUADRO GENERAL DE LA PRODUCCIÓN. — CAOS Y MISERIA.

EL haber que se atribuye la humanidad y que representan los jardines y los campos cultivados, los rebaños de las praderas y de los eriales y, por último, los animales domésticos, se ha aumentado, de una manera general, proporcionalmente al número de beneficiarios; sin embargo, no parece que, desde la época prehistórica, las adquisiciones del hombre en especies nuevas de esencial utilidad hayan sido muy considerables. Allá en los remotos tiempos á que se remontan los testimonios escritos, ya se habían hecho los

descubrimientos fundamentales y el hombre molía el grano y amasaba la pasta que se transforma en vida; también tenía amigos, asociados, servidores entre los animales: su mundo se había aumentado infinitamente por el de la flora y de la fauna vivientes. Hasta es posible remontarse á las edades anteriores á la fauna actual para encontrar en ellas los indicios de la asociación hecha por voluntad, por astucia ó por fuerza entre el hombre y otros animales. Los descubrimientos hechos en una gruta próxima á la bahía Ultima Speranza,



LA GRAN GRUTA DE ULTIMA SPERANZA

en medio de los archipiélagos magallánicos, no dejan la menor duda respecto de este asunto. Es cierto que antes del último período glacial los trogloditas de la América meridional poseían ya un animal doméstico, el *grypotherium domesticum*, un desdentado gravígrado, que ha dejado de existir desde hace ya mucho tiempo: espesas capas de estiércol de unos dos metros, que cubren un espacio de 2,600 metros cuadrados en la gruta que aquellos animales habitaban al lado de los hombres, prueba que se les criaba en verdaderos rebaños¹.

Como toda evolución, la de las relaciones del hombre con las otras especies vivientes, vegetales y animales, sufre ciertos retrocesos. El cultivo no se ha enriquecido ni mejorado con un movi-

¹ R. Hanthal, *Revista del Museo de la Plata*, t. IX, ps. 409 y siguientes.

miento igual y continuo; en ciertas épocas, por el contrario, se ha empobrecido mucho. En cuanto á domesticar los animales, es cierto que la humanidad se halla parcialmente en una vía regresiva. Algunas especies que hubieran podido ser preciosos auxiliares han sido destruidas, así como otras que, por lo menos, contribuían á la belleza y á la alegría de nuestro planeta; ahora no se las conoce en las vitrinas de nuestras colecciones, sino por raros ejemplares y por las descripciones y los grabados que sagaces naturalistas han dedicado



LA CADENA DE LOS ANDES, VISTA DESDE LA GRUTA DE ULTIMA SPERANZA

á la fauna desaparecida. Hay especies aún, como el kanguro, gravemente amenazadas, y si llegasen á perecer la pérdida sería irremediable. Además, animales antes domesticados han vuelto en nuestros días á la vida errante. Así los arqueólogos han comprobado de una manera indubitable que los Egipcios del «Antiguo Imperio» contaban en sus rebaños de animales domésticos tres especies de antílopes, la gacela de Nubia (*A. leucoryx*), la gacela propiamente dicha (*A. dorcas*) y el defalla (*A. ellipsiprymna*); en un bajo relieve señalado por Lepsius en sus *Denkmaeler*, se ve, entre los rebaños de animales domésticos contados por los escribas, una cuarta especie de antílope, el *damalis senegalensis*, de cuernos en forma de lira. El buquetin del Sinaí, *capra sinaitica*¹, que se encuentra aún en

¹ Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*.

multitudes silvestres entre el Nilo y el Mar Rojo, como en el macizo del Sinaí, había sido también domesticado. Pero desde el «Imperio Medio» la gacela de Nubia era el único de esos antílopes ó cabras que quedó doméstica, y después de la invasión de los Hyksos, todos aquellos animales que los Egipcios habían sabido asociar á su existencia habían vuelto á ser silvestres.

Con las diversas especies de perros que poseían y enseñaban los Egipcios, habían sabido adiestrar dos animales aproximados á la hiena, en los que Hartmann ha reconocido el perro hienoide, *canis pichus*¹, que vive todavía en Abisinia, pero que no se utiliza ya en ninguna parte como cazador, aunque sabe agruparse muy bien en jauría y perseguir la caza con raro método hasta en pleno día. No costó gran trabajo á los Egipcios aprovechar ese instinto tan notable, porque el perro hienoide se reproduce en la domesticidad. En cuanto al guepardo (*felis jubata*), que los cazadores de Egipto tenían también en sus perreras, sirve todavía á los Beni Mzab de Argelia para perseguir á los antílopes. Al extremo opuesto del continente, en las malezas del África meridional, el abandono extraordinario de los colonos, de raza holandesa, francesa ó británica, ha destruído, en el espacio de dos siglos, quizá más especies de animales que las que el hombre hubiera podido asociar á su trabajo. Dos de esos soberbios animales han desaparecido completamente durante la segunda mitad del siglo XIX: el antílope negro ó blau-bock y el couaga. Este último hubiera sido fácil de conservar, porque se domesticaba pronto cuando se le capturaba joven: se cruzaba con la yegua y no sufría como la mayor parte de los otros animales el terrible contagio aportado por la mosca tsetsé. Por millones hubieran podido contarse los couagas si se hubiera intentado la cría, y no quedan en la actualidad más que esqueletos y pieles en una docena de museos².

El elefante, que constituía la gloria de los grandes cortejos de Africa, hace dos mil años, como todavía en la actualidad en las Indias, ha vuelto recientemente al estado salvaje en el continente negro. En el curso del siglo XIX, la especie africana no estaba ya

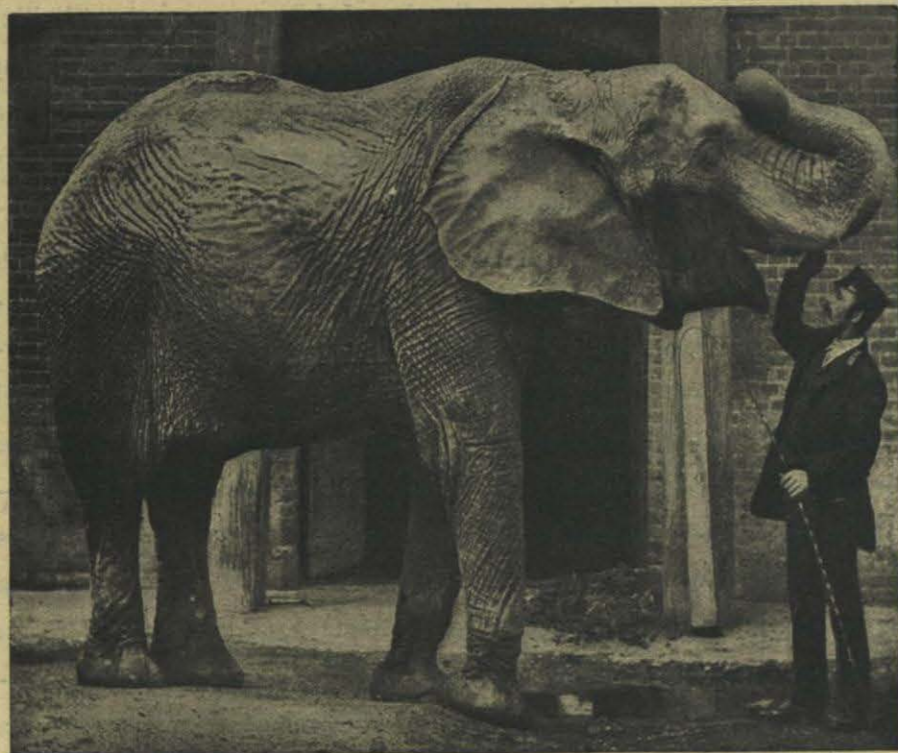
¹ Dümichen; — Hartmann, *Resultate der archäologisch-photographischen Expedition*.
² Graham Renshaw, *Zoologist*, citado en la *Revue Scientifique*, 30 Marzo 1901.

representada por un solo animal domesticado: la raza había vuelto á su primitivo estado silvestre, y lo que de ella quedaba estaba amenazado de desaparición muy próxima. Se ha calculado que la producción del marfil elefantino en África es de 800,000 kilogramos anuales. Una pequeña parte de esta preciosa substancia se compone de «marfil muerto», procedente de cadáveres hallados en los bosques, pero casi toda la cosecha se compone de «marfil vivo»¹. Es decir, tomando un término medio de 15 kilogramos por colmillo, los cazadores matan á lo menos 40,000 elefantes al año, sin contar los que habiendo sido heridos, van á morir lejos perdidos en la maleza². Y sin embargo, ¡cuánta riqueza superior, por su fuerza de trabajo y por su inteligencia representa el animal vivo comparado con el animal muerto! En lugar de esas cazas de exterminio, se podría fácilmente domesticar al gigantesco animal, como antiguamente los Etiopes, los «más prudentes de los hombres», y transformarle en servidor, mejor aún, en aliado en el trabajo de arreglo del suelo africano. Los relatos de los historiadores y los grabados de las monedas no dejan duda que el elefante doméstico de los ejércitos pertenecía verdaderamente á la especie que recorre hoy día los bosques nilóticos. La dimensión considerable de las orejas y la forma de la frente caracterizan claramente esta especie. Pero la guerra mató la industria de la domesticación, y á la paz, á la paciente dulzura de los educadores incumbe comenzar nuevamente la grandísima obra, porque es verdaderamente uno de los supremos triunfos del hombre haber sabido elevar ciertos animales hasta la sociedad superior que concibe y practica lo bello. ¿No ha llegado el elefante á ser el dios Ganesa, es decir, el símbolo de la Prudencia, gracias al hombre, que hizo de él su compañero? ¿Y no puede decirse lo mismo de especies igualmente divinizadas, como el perro y el gato, que, conservando, especialmente el gato, cierta independencia y la originalidad del carácter, se han humanizado para vivir de la existencia del *homo sapiens* por la mirada, los deseos, los sentimientos y las pasiones?

¹ Marfil puesto en venta en los tres grandes mercados de Londres, Liverpool y Amberes en 1895: 674,550 kilogramos.

² *Revue Scientifique*, 21 Septiembre 1895.

La obra de reconquista del elefante africano, en concepto económico y moral, se va realizando lentamente. Un ensayo fracasado, hecho en 1879, para aclimatar cuatro elefantes indios en las márgenes del Tanganyika, desanimó las tentativas; pero después Bourdairie y otros viajeros han citado ejemplos de numerosos éxitos felices. En el Congo francés, en las orillas del Fernand Vaz, el elefante



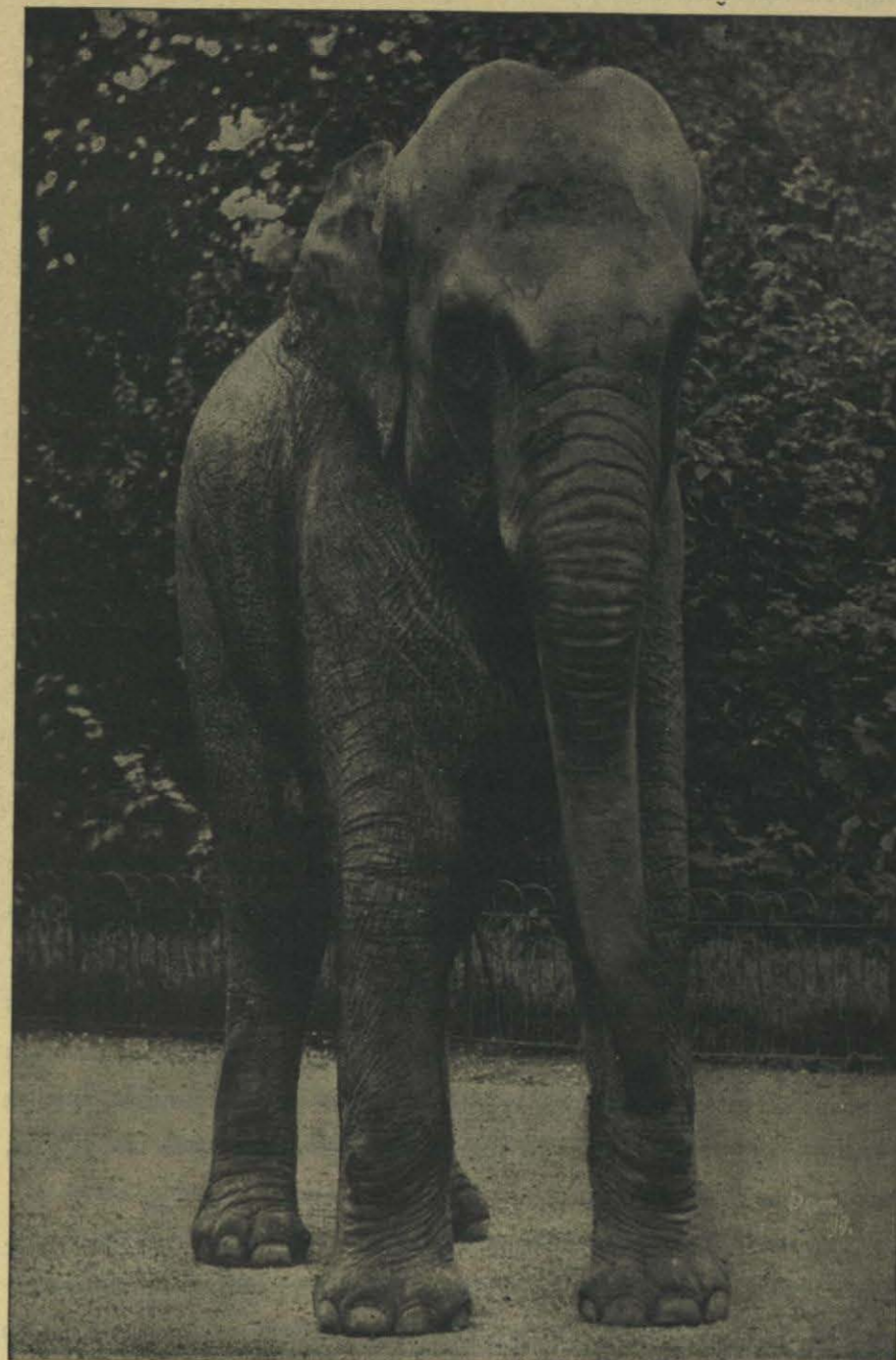
Cl. J. Kuhn, París.

EL ELEFANTE DE ÁFRICA EN EL JARDÍN ZOOLOGICO DE LONDRES

Fritz, criado por negros Pahouins, está perfectamente adiestrado para el transporte de cargas de 350 kilogramos, y arrastra troncos de árboles de media tonelada de peso¹. En Yaumdé, en el Kamerun, el Alemán von Lottner se hace seguir gentilmente por elefantes domesticados, tan familiares como perros; ha demostrado la existencia en el distrito de dos variedades distintas, una de pelo claro y de cráneo puntiagudo, y otra de pelo más oscuro y de cabeza ancha; esta última es más silvestre y exige más paciencia del domador.

¹ *Globus*, 1.º Septiembre 1900, p. 132.

En Africa, la más grande de las aves, el avestruz, estaba amenazado de desaparición como animal doméstico; apenas se encon-



Cl. J. Kuhn, París.

EL ELEFANTE INDIO EN EL JARDÍN ZOOLOGICO DE LONDRES

traba diseminado entre los negros del Sudán, en algunas villas de la Tripolitana y principalmente alrededor del lago Tzadé, antes de

los destrozos de las recientes guerras¹. El soberbio volátil fué salvado gracias á los criadores del Cabo de Buena Esperanza, que comprendieron las ventajas materiales de la cría, comparada con la caza destructiva. En las estepas de la Rusia meridional han tenido éxito excelente unas tentativas del mismo género, á pesar de los fríos rigurosos, en tanto que, hasta el presente, la domesticación del avestruz sobre el litoral demasiado húmedo de la Argelia, en jardines demasiado estrechos, ha sido completamente infructuosa desde el punto de vista industrial. Sobre la vasta extensión de las mesetas que antes recorrían los avestruces silvestres, exterminados por el general Margueritte y sus compañeros de caza, en aquella misma región de inmensos horizontes se podría, si se desease formalmente y con método, renovar la raza del avestruz argelino.

¿Y qué decir de las más bellas especies de aves, los lofóforos, y aquellas maravillosas y fantásticas «liras» volantes, que en otro tiempo se creía que no podían vivir sino mecidas por el viento y volando al sol hacia el «paraíso»? Esas aves incomparables no habían podido desarrollarse en la Indonesia sino gracias á la carencia de los grandes rapaces, pero el hombre, el rapaz por excelencia, reemplaza ampliamente á los tigres y á las zorras. La moda femenina de los sombreros adornados con plumas y penachos de aves, que prevalece desde las últimas décadas del siglo XIX, y que las costumbres democráticas han propagado hasta sobre el tocado de los mendigos, ha producido una clase de viajeros cazadores que recorren el mundo para matar los más bellos volátiles y despojarles de sus plumas: las casas de comercio entran en concurrencia para procurarse los más diestros agentes de esa obra tan funesta, que se prosigue contra lo más bello que existe, los flamencos, las grullas, hasta contra las golondrinas, honradas á través de las edades.

En nuestros días desaparece el flamenco de la América del Norte. Desde hacía mucho tiempo se pensaba que los individuos encontrados en distintos puntos debían proceder de una colonia establecida en sitio desconocido del archipiélago de las Bahamas. El naturalista Frank Chapman le buscó y acabó por descubrirle en Mayo de 1904.

¹ Huart, *Géographie*, 15 Marzo 1904.

Usando de precauciones extremas, logró observar esos animales admirables, las más grandes aves de plumaje brillante; sin inquietarles, pudo observar sus costumbres y tomar numerosas fotografías; pero si el sabio pudo ocultarse del animal, no logró impedir que otros hombres siguieran sus huellas, y en los seis meses que siguieron á



Cl. J. Kuhn, París.

EL CASTOR EN EL JARDÍN ZOOLOGICO DE LONDRES

su expedición, los flamencos desaparecieron casi todos bajo el diente del cazador¹.

La caza de las «garzas», más que los yacimientos de oro, fué la razón de los conflictos diplomáticos suscitados entre la Gran Bretaña, Venezuela y el Brasil al final del siglo XIX. Se hablaba solemnemente del derecho de gentes, de precedentes históricos y de deberes internacionales, pero no se trataba en realidad sino de be-

¹ *Century Magazine*. — *National Geographical Magazine*, Enero 1905.

neficios para los especuladores de tal ó cual país sobre la captura anual de doscientas ó trescientas mil garzas¹. Sin embargo, no faltan ejemplos de procedimientos menos bárbaros, fáciles de imitar, que salvarían las especies y asegurarían el producto regular. En Venezuela y en las demás partes de la América meridional y templada, en Marruecos, en Mesopotamia y en China las aves de penacho se domestican fácilmente; algunos especuladores, menos impacientes por matar que sus colegas, han hecho en grande y con buen éxito experimentos de domesticación de centenares de animales. ¿Llegará á tiempo su ejemplo para salvar las especies amenazadas por la manía destructora de los oficiales, de los cazadores y de las mujeres de mundo?

Por las mismas causas escasean ó casi han desaparecido completamente los animales de pieles finas en muchos países del Norte. Si el castor no ha desaparecido aún, no vive ya en «naciones» como en la época en que los Europeos penetraron en el país. Ya en el siglo XVII los cazadores canadienses franceses hicieron tales estragos entre las tribus de castores, que los Indios del Mississipi se concertaron para la protección de las ciudades de castores, estableciendo que habían de dejarse por lo menos seis machos y doce hembras². Actualmente el nombre de *Beaver* se halla en los Estados Unidos con tanta frecuencia en las regiones despobladas de castores como los de *Bievre* (especie de nutria ó castor) en Francia, de *Bever* en Flandes y de *Bieber* en Alemania. En una época reciente ha sido felizmente salvado el castor de una destrucción completa en la América del Norte por la cría en parque. Una granja de Georgia de unas 450 hectáreas contiene algunos centenares de esos animales, jóvenes y viejos, que disponen del agua abundante de un arroyo para la construcción de sus viviendas y á los que se da toda facilidad para el trabajo, pero cada año se mata cierto número para la venta de las pieles³. Una isla de la costa del Maine, Outer Heron, cerca de Boothbay, lo mismo que las islas Pribilov de los mares de Alaska, se utilizan como cercados para las zorras negras y «azules»,

¹ I. Forest, *Congrès des Sociétés Nationales de Géographie*, Lorient, Agosto 1896, *Revue Scientifique*, 28 Noviembre 1896, p. 700.

² Michelet, *Histoire de France*, XV, *Régence*, p. 189.

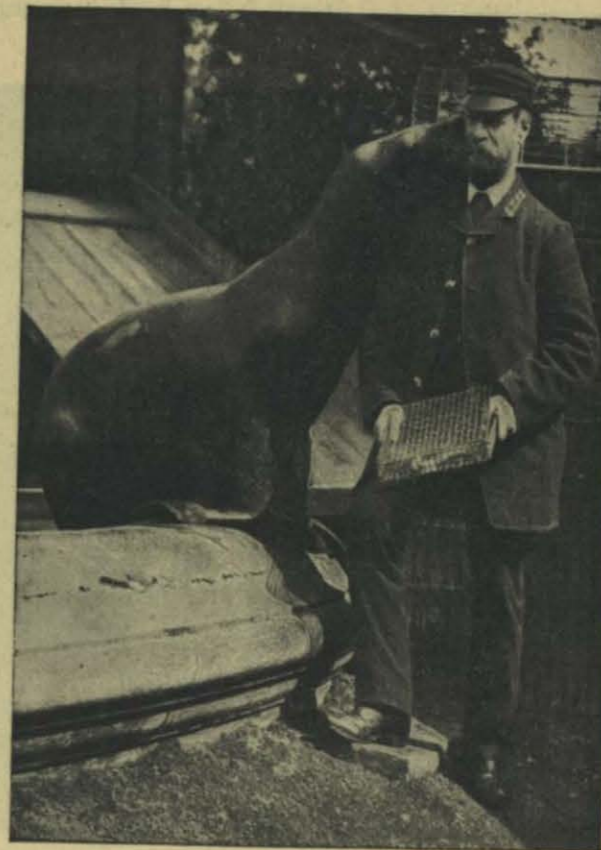
³ *Revue Scientifique*, 24 Abril 1897, p. 537; — P. Dilloth, *Revue Universelle*, 1902.

cuyas pieles se venden en Londres hasta 1,000 y 1,250 francos¹. La especulación triunfa, pero si los criadores regulan la matanza de su caza, aseguran al menos la duración, y también, por la elección consciente de los reproductores, la belleza de la raza; á esto se limitan sus cuidados. No hacen nada para la educación del animal; sin embargo, las víctimas designadas son llevadas en plena mar: se les sacrifica lejos de la orilla para que las zorras de la isla no vean las huellas de la sangre ni perciban su olor.

Recientemente, la coronación del rey de Inglaterra, Eduardo VII, hubiera costado la vida á 108,000 armiños para los mantos de los pares y de las paresas, si, para la belleza correcta de las pieles, no hu-

biera habido arreglo con los proveedores de la corte.

Las nutrias marinas no son ya conocidas por los cazadores. Ya hacia 1876 habían desaparecido de las costas de California, pero se encontraban todavía en el litoral del Oregón, hacia Alaska y las Aleoutinas. Ahora no quedan bastantes, ni aun en los parajes septentrionales, para que se las cace todavía: la industria no existe ya. Las escasas nutrias que constituían la especie han cambiado de costumbres: no vienen ya á tierra para descansar; se refugian sobre



Cl. J. Kuhn, París.

UNA OTARIA DEL JARDÍN ZOOLOGICO DE LONDRES
ACARIANDO Á SU GUARDIÁN

¹ *Revue Scientifique*, 24 Abril 1897, p. 537; — P. Dilloth, *Revue Universelle*, 1902.

masas de algas flotantes y van á pacer sobre las rocas á flor de agua¹. Pero los celos comerciales y los odios internacionales han hallado el medio de satisfacerse á expensas de una especie marina, las otarias, que sería singularmente fácil transformar en animal doméstico. En 1896, un acuerdo del Congreso norteamericano ordena á los guardías de las islas Pribilov la destrucción casi total de las ota-



Cl. J. Kuhn, París.

BISONTE DE LA AMÉRICA DEL NORTE (*Bonassus americanus*)

rias (*cailorhinus ursinus*), que aborden en el Archipiélago para criar allí sus familias. ¡Triste ejemplo de la ininteligencia humana! Durante la primera mitad del siglo XIX la matanza se hacía sin método. Rusos é Ingleses exterminaban en masa. No se veían más que animales aislados en las islas del Pacífico septentrional, cuando unos arrendatarios americanos tuvieron la idea de utilizar las islas Pribilov como grandes parques de ganado marino. En 1890 no se contaban allí menos de cinco millones de focas, de las cuales cien mil, ó sea cerca de las dos terceras partes de la producción del

¹ *Revue Scientifique*, 30 Mayo 1896; 6 Agosto 1898.

mundo entero, debían matarse cada año en beneficio de la compañía de adjudicación. Vino después la lucha entre arrendatarios y piratas, á la que siguió el exterminio legal, destinado á poner término á las frecuentes disputas que estallaban entre los concesionarios oficiales y los cazadores furtivos. Cuando no queden más que escasos supervivientes, quizá se lamente no haber domesticado al pacífico animal.



Cl. J. Kuhn, París.

ZEBÚ DE MADAGASCAR (*Bibos radicus*)

En el continente vecino, en la América del Norte, el animal de caza más frecuentemente citado fué el bisonte, cuya carne alimentaba tantas tribus indias antes que los blancos, poseídos del frenesí de la matanza, se hubieran dedicado á exterminar cuanto se les ponía delante. Todavía á la mitad del siglo XVIII los bisontes recorrían los bosques y las sábanas en el «Pied-Mont» oriental de los Alleghanies¹ y hasta una colonia de hugonotes franceses, en Manikintown, el valle superior del James-River, había domesticado el animal, si no para la agricultura, al menos para la producción de la carne y de la leche. El bisonte ha trazado los caminos que conducen desde el Océano Atlántico al Far West, atravesando montañas y valles

¹ G. Brown Goode, *National Geographical Magazine*, Agosto 1896, p. 273.